

**GREGORIO BAREMBLITT
MIGUEL MATRAJT**

El estudio de la obra de Freud *

Como alguien que tiene a su cargo la formación de otros y que continúa incesantemente la propia, puesto que en pocas especialidades como la nuestra ello es tan ineludible, queremos referirnos con cierto detenimiento a las cuestiones que plantea el que suponemos paso obligado de nuestro desarrollo práxico: la lectura de la obra de Sigmund Freud.

No se nos escapa que en este momento puede resultar imperioso hacer una exposición completa que se refiera a la totalidad de esa praxis, que incluya observaciones acerca de la militancia del trabajador psicológico como hombre al margen de su actividad profesional y/o articulado con ella; momentáneamente, sin embargo, queremos examinar el problema planteado en el título como pequeña contribución a las respuestas de como la praxis puede efectivizarse en el ejercicio teórico-técnico-práctico específico de la especialidad, desde el momento formativo.

Solo queremos tocar ese motivo de conflicto para nuestros amigos y colegas, los estudiantes y profesionales, que se encuentran inmersos en la alienación socio-político-eco-

* Esta es una versión modificada de un artículo publicado en el Nº 3 de la revista **Cuadernos de Psicología Concreta**, 1971.

nómico-cultural de este neocolonialismo subsidiario del capitalismo monopolista, en que vivimos y ejercemos; ellos sufren su enajenamiento con tanta o más intensidad que otros, porque su materia específica los pone en estrecho contacto emocional con uno de los más catastróficos efectos de la estructura, la enfermedad mental, reactivándole cruelmente la propia, hora tras hora, y mostrándole su impotencia para solucionar ambas. [Para un amplio tratamiento de este tema véase (1)]. (A) Nos privaremos de hablar, aquí al menos, de las penurias económicas que los jóvenes interesados en la psicología o los graduados se ven forzados a pasar para acercarse al objeto de su vocación; no nos referiremos a la opresión policiaca en sus universidades, ni a la organización exclusivista de las mismas (restricción del ingreso, segregación virtual de quienes trabajan, etc.), ni a la paupérrima instrucción que en algunos sitios se les imparte por la proliferación de pseudo-casas de estudio surgidas del negociado político o pseudo-profesores arbitrados desde los subsuelos jerárquicos para encubrir prestigiosas ausencias. No recordaremos las legislaciones insólitas que proscriben ciertas formas de su tarea, ni las organizaciones estatales o privadas, mutuales, industriales, comerciales, etc., que les obligan a realizar, para sobrevivir, faenas siniestras contrarias a la ética profesional y a la conciencia de clase. No nos abocaremos a la denuncia de su expoliación en las instituciones asistenciales gratuitas en las que un psiquiatra puede tardar quince años en obtener un sueldo; o una psicóloga no puede figurar como tal para cobrar el suyo; ni siquiera nos extendemos en las características de su misma enfermedad mental, que suele permanecer sin el adecuado tratamiento, porque el mismo requiere en este orden instituido, un desembolso que en buena proporción de los casos es impracticable... no podremos extendernos sobre todo eso, en cuyo oprobio somos partícipes aun cuando contra ello luchemos... pero no podemos dejar de mencionarlo, para relevar el marco de violencia grosera en el que se da el problema pedagógico, más sutil, del que nos queremos ocupar: el que atañe a las formas como se estudia Freud en nuestro medio —reflejo, en esta área circumscripita, de la situación general— y a la manera como nosotros creemos que debe ser estudiado.

Inculcado por conservadores moralizantes que lo ven como un heraldo de la anarquía moral, ridiculizado por los ensayistas **beats** que lo consideran gazmoño y adaptante; combatido por la psicología tradicional, tanto la filosófico-especulativa como la experimentalista-elementalista cuyos respectivos ocasos vino a marcar; refutado desde el conductismo radical por subietivista o desde el neurofisiologismo reflexológico por metafísico, acusado desde sectores de la ciencia natural y exacta de irracionalismo, indeterminismo o falta de rigor; filiado desde posiciones espiritualistas o existencialistas como reduccionismo mecanicista o biológico deshumanizante: condenado por la izquierda como reaccionario y por la derecha como conspirador; rotulado como un profesionalismo sin cosmovisión explícita que le dé sentido, o con una incluida e inconfesable, o como siendo él solo una visión del mundo, producto de la hipertrofia de una teoría y práctica psicológicas: señalado por la ciencia como literario o supercheresco, anatematizado por el arte como desnaturalizador de las realidades estéticas. etc., sin embargo casi todas las tendencias han "reinscripto" al psicoanálisis de Freud, focalizándose sobre algunos aspectos para desarrollarlos o para "comprometerlo" y de allí las líneas de descendencia directa como Jung, Adler, Reich, Melanie Klein, etc., o las versiones conductistas (Dallwitz, Lagache, Tolman), fenomenológicas (Merleau-Ponty), existencialistas (Sartre), bioneurológica jacksoniana (Ev), culturalista sociológica-antropológica (Kardiner, Mead, Fromm, etc.), psicológicas del yo (Hartmann), además de otros intentos de integración y/o "vuelta" a Freud como las de Politzer, Bleuler, Lacan, etc., procurados desde el estructuralismo, la lingüística, y el marxismo.

Aunque algunos autores como Althusser (15) parezcan tener definitivamente aclarado cuáles de estas combinaciones son progresos y cuáles amputaciones, creemos que su estudio detenido y constantemente comparado con la obra de Freud es parte indeclinable de la encrucijada por donde pasan las sendas que transite el estudioso de las ciencias del hombre. Creemos que esta aseveración es válida aun teniendo en cuenta la muy atendible perspectiva de que el cambio revolucionario de las condiciones materiales de existencia convertirá la técnica clásica en inapropiada y

su teoría fundante en una curiosidad histórica. La psicología (o como se llame la ciencia de ese futuro, ¿tal vez psicoanálisis?) precisará igual de esa labor de revisión.

Actualmente, al margen de ser indispensable para el conocimiento de la realidad psicológica y psicopatológica humana, y para proceder por el momento, preventiva, curativa y evolutivamente sobre la misma, el estudio de la obra de Freud es inapreciable además como ejercicio mental, un devanar la colosal urdimbre de ese todo, que partiendo de la observación de los hechos, datos, nociones y conceptos tomados de los más heterogéneos campos del comportamiento, ciencias e ideologías, la clínica psiquiátrica y psicoterapéutica, los errores cotidianos, el sueño, el juego, el chiste, el arte, el mito, las pautas de las comunidades primitivas, la historia, la física, la acústica, la neurofisiología, la zoología, etc., instaura su **objeto formal abstracto de conocimiento** y sus operaciones de complejidad y explicatividad crecientes. Desde allí vuelve a los hechos para operar adecuadamente sobre ellos, prediciendo, verificando, modificando.

Cada uno de los momentos de ese devenir se va engranando con los anteriores, a los que reafirma a veces, contradice, rectifica o complementa en otras. Pero no faltan los pasajes ambiguos que admiten todas las interpretaciones posibles, ni los francamente confusos, incomprensibles y contradictorios (B). El elegante estilo de Freud, prodigiosa combinación de lenguaje científico con prosa literaria, realiza, en ciertas cúspides expositivas, el milagro tan anhelado por los griegos de ser bello y comunicativo, rico pero preciso... pero también hay de los otros. De ello resulta (de la profundidad y de la ambigüedad) que cada párrafo puede (o no) encerrar consecuencias múltiples presuntamente descubribles en cada relectura, en cada nueva inscripción de ese fragmento en una vastedad estructurada que crece en la mente del lector, en la medida en que este va teniendo una visión panorámica de ese titánico mundo de ideas (C). Si a eso le sumamos una peculiaridad cualitativa inherente al objeto ideológico de estudio, el comportamiento humano, de inigualable poliformismo, y el enfoque freudiano, la enfatización en los mínimos detalles (cada nimio indicio es portador de múltiples significados),

resulta que, si bien es cierto que hay artículos, en especial los clínicos, cuya lectura constituye un verdadero trabajo práctico iniciador, la tarea total es lentísima y penosa. Los otros grandes recursos complementarios imprescindibles, el propio análisis del lector y la supervisión por analistas expertos de su trabajo clínico, reconoce similares y/o peores combinaciones de ventajas e inconvenientes en tiempo, dinero y dificultad.

Las particulares propiedades de esta disciplina crean, como puede apreciarse, exigencias **sui generis** difícilmente soslayables para el aprendizaje. Las mismas son parcialmente resueltas, agravadas o incluso creadas por los diversos detentadores de ese conocimiento, en estilos que trataremos de describir. Huelga destacar que esta caracterización debería ser efectuada junto al enfoque de este problema comprendido en términos de sistema de apropiación de conocimientos, es decir, que el aprendizaje comprensivo de Freud es un valor de cambio en una sociedad capitalista. Si su valor de uso es crecido, el de cambio se ha tornado en los últimos años en un verdadero fetiche monstruoso a cuyo acceso tiende considerable cantidad de jóvenes, ansiosos tanto de aprender y curarse como de explotar el auge de la disciplina entre la clase media que le adjudica una calidad **mesianica**. Los jerarcas de la disciplina, sabiéndolo o no, instrumentan esta febril motivación al servicio de su propio ascenso promocional y monetario. La manera como las singularidades de este campo han sido capitalizadas por sectores de las instituciones y/o grupos privados, a los fines de consolidar férreas infraestructuras de poder económico articuladas con otras de control ideológico y poder político, sobre todo intrainstitucional, es tema prioritario que debe ser estudiado de una forma más cuidadosa de lo que aquí podríamos. Sobre todo es importante profundizar en la discriminación correcta de cuanto hay de recuperable en toda esa estructura, tanto en el sentido de riqueza científica como humana (D).

Bastará aquí con que logremos nuestro intento de exponer cuáles son las corrientes de estudio del psicoanálisis vigentes en nuestro medio, especialmente dos o tres en cuya crítica negativa enfatizaremos, recordando que algunas de ellas han surgido y se difunden a partir de aquellos núcleos

que operan por medio de su influencia lícita (científica) o inconfesa (mística, sofística, económica).

No creemos necesario nominar sitios o personas. Nos referiremos indistintamente a quienes estudian por cuenta propia, o a los conocidos "grupos de estudio" que funcionan como parte de los seminarios de las instituciones *ad hoc*, o a los que se reúnen particularmente, en general coordinados por egresados de los ciclos preparatorios de las citadas entidades. Cabe apuntar también que no es necesario que los defectos de cada método sean conscientes, deseados, ni reconocidos por quienes los practican; estos suelen ser los primeros sorprendidos ante la reiterada emergencia de sus precarios resultados.

Finalmente, y a modo de justificación estilística propia, digamos que cada procedimiento sistemático o no de estudiar a Freud tiene sus pro y sus contra; las apreciaciones que aquí hacemos lo son desde nuestro leal saber y entender en este momento evolutivo de nuestro desarrollo ideacional, a este respecto. Quisiéramos poder desplegar el tema emulando el discurso "mayéutico" típico del creador del psicoanálisis, cuestionando constantemente nuestras afirmaciones; aunque de seguro no alcanzaremos su lucidez, nos conformaremos con emular su honestidad intelectual.

Entre las variedades de abordaje que hemos creído detectar se destaca aquella para la cual estudiar Freud consiste en seleccionar los párrafos que han sido refutados por la doctrina filosófica, psicológica o psiquiátrica, desde cuyo ángulo el lector se aproxima, y, una vez aparentemente verificada la validez de esa crítica (procedimiento sumario que tiene más por objeto sancionar la propia creencia que someterla a prueba), desechar el resto ignorando, por ejemplo, las implicaciones contextuales del párrafo aislado, o el valor cronológico relativo de ese concepto dentro del devenir de la obra. También es asidua esta tendencia a dar a los términos usados en el texto las acepciones modernas que acostumbran usar en el lenguaje de sus respectivas disciplinas o escuelas, sin proceder al esclarecimiento semántico del sentido que tenía para el autor; tal vicio de lectura se ve favorecido por el hecho antes citado de que Freud no demasiadas veces, a nuestro entender, define

unívocamente, dando muchas cosas por sabidas mediante la apelación a un consenso que hoy nos es distante. Por otra parte, la tal definición puede estar diseminada en el follaje del artículo, casi siempre frondoso y repetido, en cuya espesura puede acontecer que se re-defina sin explicitarlo.

Subtipos extremos de la variedad de estudiosos arriba citados se integran con aquellos que para efectuar esa lectura parcial ni siquiera la llevan a cabo en el escrito original, sino en extractos o pasajes integrantes de las publicaciones elaboradas por los pontífices de sus respectivas ideologías. Por último están los que no han leído sino otras materias, o nada de nada, y que suelen ser los cuestionadores más vehementes. Desde luego que los descriptos hasta ahora se califican, en general, de antifreudianos, o "recogen" puntos de coincidencia de factura tanto o más incierta que sus críticas. Especialmente deletéreos son los cuestionadores exclusivamente políticos, de derecha, o especialmente de izquierda, cuya confusión básica, intencionada o no, consiste en mezclar o sustituir la crítica del método, o de la técnica, además de la eficacia clínica, etc., con la de la estructura y significación socio-político-económica del movimiento, su extracción y servicialidad de clase, su elitismo societario, así como con la revisión epistemológica de los supuestos últimos del sistema. Como veremos más adelante, consideramos ese examen utilísimo e impostergable, pero efectuado con clara discriminación de hechos, niveles y problemas, en cada uno y en todos ellos, buscando las leyes de articulación de su funcionamiento y no dando por agotada la tarea, por ejemplo, con afirmaciones de tipo filosófico o metodológico general, acerca de un terreno que involucra una escuela de la ciencia "psicológica" en particular en que aquellas se inscriben. Sobre estos temas han dado sus visiones Bleger, Baranger y otros (2) (3) (4) (E).

Curiosamente, configurando una paradoja sobre la que Freud enseñó mucho, las citadas pautas de aprendizaje y no-aprendizaje, se reproducen, con idéntica estructura aunque distinto color y contenido, en otras orientaciones firme y hasta fanáticamente filofreudianas, a las que denominaremos "tradicionales". La llamada "ortodoxia" es el princi-

pal constituyente de esa tesitura. La letra freudiana es sacramentalmente venerada como un credo al que hay que aceptar aun conociéndolo a medias, y, por sobre todo, no contradecir. El pecador disidente es proscripto y sancionado con desaprobaciones varias de intensidad creciente en una escala que va desde el mirarlo con frialdad, no invitarlo a grupos de investigación o veraneos, no enviarle pacientes, diagnosticarle inmadurez, oligofrenia o psicopatía, con regular ("más adelante entenderá") o mal pronóstico. Todo esto, claro está, siempre y cuando se estime que todavía forma parte del movimiento, cosa que se verificará por medio de una serie de rituales y contraseñas fundamentalmente destinados a saber si la persona se analiza o no, y en caso afirmativo a qué subgrupo pertenece. También se apela a tantear si comparte las dos o tres **petit** variaciones, casi siempre formales, con que los jefes de cada subgrupo han reacondicionado las fracciones escogidas del edificio freudiano. Hechas estas averiguaciones se procederá a declararlo un "iniciado esclarecido", "un conocido indiferente" mutable a "coaligado" ante la amenaza de terceros, o un despreciable y/o "peligroso enemigo". Como siempre que se trata de prejuicios, en el último caso puede acontecer que realmente lo sea, pero si no, ante esa actitud, no tarda en serlo.

Pese a, o por todo esto, y aquí lo paradójico, la "letra" sagrada a la que los tradicionalistas vuelven también está seleccionada, distorsionada y sectarizada, a través de la transmisión verbal de la tradición del subgrupo correspondiente. La progenie de esos núcleos involucra un compromiso ideológico profundísimo polideterminado por las presiones institucionales infra y superestructurales, pero, principalmente, por los análisis didácticos, cuya función y riesgo **indoctrinario** ha sido destacado por psicoanalistas de nota como Glover, Rodriqué y otros (5) (6) (17). Esta problemática, la del "etnocentrismo" de los pequeños grupos, el funcionamiento a modo de sociedades secretas, el reclutamiento, etc., fueron estudiados ya hace años con interés, pero, para nuestro gusto, desde un punto de mira demasiado psicologista en simposios sobre "relaciones entre analistas" cuya trascendencia es invisible (8). Ese estudio es un interesantísimo documento testimonio de cómo el análisis de

una grave dificultad, percibida claramente, se vuelve estéril al ser efectuado pura y exclusivamente desde el ángulo de la propia disciplina cuya institución científica la padece. He aquí cómo un nivel de significado, el más interviniente, se escapa por la ignorancia interdisciplinaria, la racionalización técnica que acondiciona el autoanálisis y, en última instancia, por falta o distorsión de una "conciencia de clase".

Dentro de esta orientación es más difícil que solo se lea retextos de Freud o que no se los lea; empero la selectividad perceptiva por condicionamiento catatímico es tan intensa que las escotomizaciones operan como si no se leyera.

Con todo lo pernicioso que esta postura resulta, no lo es tanto por la manera desembozada con que su orientación se proclama. Su misma proclividad a la segregación y su instrumentalización deliberada del pensamiento freudiano para ese menester la ponen en evidencia ante los que disponen de un mínimo de juicio crítico. Además, su potencialidad de cundir disminuye en la medida en que su estructura patriarcal exige que no trasciendan los límites, dicho figuradamente, de una familia tradicional. Sin embargo, la dificultad es que se crean modelos de identificación a los que los jóvenes tienden y de los que están dispuestos a participar aunque más no sea en calidad de hijastros de segunda categoría.

Esta estructuración en pequeños núcleos es una supervivencia de formas de organización correspondientes a etapas cronológicamente primarias del movimiento psicoanalítico local y mundial, época en la cual se explicaba por el encapsulamiento frente a un exogrupo hostil y a una línea reproductiva arborizada lentamente a partir de unos pocos pioneros, los "patricios" de la corriente. Algunos de ellos siguen siendo progresistas y, en los albores, todos fueron verdaderos renovadores, paladines de la revolución pequeño-burguesa contra la hipocresía sexual de la sociedad tradicional; luego, por el juego de la alienación institucional y la captación del sistema al encubrimiento de cuya contradicción son funcionales, se tornaron reaccionarios. Más aun, la estratificación autoritaria, entre otras causas, que invalida el impulso renovador de los cuadros subordinados, reduce todo progreso a iniciativas que surgen exclusivamen-

te de aquellos miembros "reformistas" más encumbrados. Compárese con otros ámbitos (universidad, gremios, asociaciones profesionales, etc.), en donde la vanguardia está en manos de la gente joven de las promociones jerárquicamente inferiores.

Es interesante que esta disposición no sea solo patrimonio de las instituciones psicoanalíticas y similares, sino también de los sectores disidentes alejados por fragmentación, en general violenta, de las corporaciones originales. Este punto ha sido tocado últimamente por Grinberg (16) y se encuentra en el estudio de Jones sobre la historia del psicoanálisis.

La "secularización" de las sustituciones psicoanalíticas, el ingreso de gente con formación ya consolidada y heterogénea, forjada en el trabajo interdisciplinario, el auge de otras tendencias psicoterapéuticas rivales, la apertura a los ámbitos asistenciales de masas, aunque instrumentadas por las metrópolis neocolonialistas, la aparición de nuevos coadyuvantes terapéuticos como las psicodrogas, la polarización de la lucha de clases en el país, determinan, entre muchos otros motivos, el advenimiento de otra dirección que, a nuestro parecer, surge para sustituir a la anterior pero conservándola, así como a toda la significación socio-político-económica y, la que aquí nos preocupa, "educacional", del sistema (F).

Se trata de una escuela a la que diremos "tecnocrática". Sin buscar una estricta correspondencia es equiparable a las élites científicas de las sociedades tecnológicas, actuales preconizadoras de una "ciencia pura", que se postula ajena al compromiso político, en aras de una distancia heurística óptima y que es entusiastamente idealizada y utilizada por la clase dirigente a la que en muchas ocasiones pertenece por origen. En la práctica clínica, esto corresponde al conocido operacionalismo que dice poder poner el procedimiento al servicio del uso ideológico "que el paciente quiera darle", y que considera solucionada la cuestión de la parcialidad obligada del terapeuta introduciendo el análisis de la contratransferencia como único y suficiente factor correctivo del "instrumento-analista" (G).

Su consideración crea una problemática especial por hallarse compuesta por personas de gran capacidad y decen-

cia intelectual, productivas hasta cierto punto en su ramo, y poseedoras de un enciclopedístico conocimiento de la obra de Freud. El mismo ha sido adquirido en largos años de neutralidad ideológico-científica total en la que solo se acepta el cuestionamiento de la concordancia o no de las diversas partes del sistema entre sí, siempre desde dentro del mismo, y procurando no hacer ningún tipo de revisión de sus relaciones externas: v.g. un examen epistemológico, o "sociológico del conocimiento", histórico, político, o simplemente psicológico de la concepción freudiana. Tal es el método de estudio que sugieren, y por diversos medios de presión larvada, imponen. Se trata de dar las premisas por aceptadas, y con "inocencia" metodológica, o, en el mejor de los casos con una actitud pseudofenomenológica (luego diremos por qué la juzgamos así) recorrer la trayectoria de Freud identificándose con el autor en sus vaivenes de regresiones y progresiones. Se idealiza una actitud "receptiva" oponiéndola a una polémica, y cuando esta última estalla ante las irreconciliables contradicciones o falencias del sistema, ya sea con respecto a sí mismo, o con relación a realidades innegables producto del adelanto teórico realizado por el desarrollo de la propia disciplina o de la cultura toda, se descalifica más o menos respetuosamente al "interferente" con afirmaciones como que el punto impugnado es un error de traducción, relativamente rayanas en lo agnóstico del tipo de "cada cual lo ve a su manera", o se privilegia como absoluto el argumento pragmático de que tal o cual pasaje sigue siendo clínicamente útil o heurísticamente fértil, pese a lo difícil que resulta demostrar fehacientemente tales afirmaciones. Esta labor, por lo demás, nunca llega a emprenderse porque es calificada como alejadora del interés central de la tarea que (valga la ironía) es estudiar a Freud, no cuestionarlo. En el último de los extremos se apela a "dejar en suspenso la dificultad" con la certeza de que una vez completada la lectura "se verá como todo se resuelve".

La idea rectora es la de identificarse por completo con el autor y recorrer los estadios de su saber agotando hasta sus últimas consecuencias cada uno de los niveles explicativos por los que fue pasando, sin apelar a conceptualizaciones ulteriores ni a las concepciones actualmente acep-

tadas provenientes de ese u otros campos. Una ventaja presupuesta es la de unificación de lenguajes, adoptando el de Freud a ultranza, y la otra, la de que así se evita el uso de la diversidad de versaciones como defensa contra la plena penetración en el texto.

Sucede que con este plan de enseñanza abrumadoramente minucioso, con la irreductible negativa de algunos docentes a adelantar, resumir, esquematizar panorámicamente, actualizar, retraducir, correlacionar teorías y prácticas, etc., cuando llega el mañana para el que se postergó la dificultad, ya las cuestiones están olvidadas o solo en ese entonces se debe efectuar una nueva postergación del juicio crítico para internarse, con la misma tónica, en la forma como Melanie Klein "completa todo aquello que en Freud falta". Por supuesto sin profundizar en cuánto lo distorsiona.

No negamos ciertas razones a este proceder: la obra es extensa y genial; es obvio que para poder superarla hay que conocerla y que su complejidad es tan grande que tras decenas de lecturas siempre podrá encontrarse en ella algo nuevo, el detalle revelador. Quienes así estudian están mucho mejor preparados para continuar a Freud o, aunque más no sea, hacerle honor en su tarea de psicoanalistas, que aquellos que no lo leyeron o que solo lo conocen de segunda mano a través de un filósofo adverso o un tradicionalista, pero, a nuestro leal saber y entender como intelectuales profesionales docentes y aprendientes, no es ese tampoco el planteo acertado (H).

Si la modalidad "desde afuera" conduce al "terrorismo ideológico" (10), según una acertada expresión, si el estilo tradicional deriva en un snobismo aristocratizante y sumiso, la tercera conduce a un cientificismo talmudista pseudoaséptico productor, tras larga provisoriedad paralítica, de memoristas, consecuentes seguidores o, en el mejor de los casos, genera psicoanalistas, así, a secas, si es que pueden merecer ese título quienes en nada encarnan el "espíritu" del psicoanálisis. Pero si a lo que se aspira es a formar investigadores en psicoanálisis (esa es nuestra aspiración y la exigencia de muchos), si lo que se desea es preparar intelectuales "productores de conocimientos", como dice Althusser (11), que tengan su vida comprometida en la

cultura y que integren el saber de su campo con todos los otros en el activo y urgente propósito de transformar el mundo, no es así como debe obligárseles a insumir muchos años del período más fértil y potencialmente práctico de su vida.

Se ha dicho hasta el cansancio que un atributo común del pensamiento de los revolucionarios como Marx, Freud o Copérnico ha sido la capacidad de romper abruptamente con la considerada "visión académica" y con la del "sentido común" de su época. Freud, por ejemplo, menciona a menudo lo poco que le sirvió la lectura de sus colegas contemporáneos, mientras que agradece una y otra vez el aporte de los literatos, físicos y filósofos. Su espíritu crítico era terrible, y su escepticismo frente a su producción y la de los otros, noble pero inexorable. Por otro lado, su gran capacidad lucubrativa es sugestiva contrastada con la ignorancia considerable que Freud tenía de sus antecesores, como relata Law Whyte, (12) respecto de nociones básicas, como por ejemplo la de inconsciente. No es que con esto estemos sugiriendo hacer caso omiso de los antecedentes bibliográficos para preservar una hipotética vena creativa que mana mejor en el vacío. Todo lo contrario, creemos que la de-socialización se produce cuando el "aprendiente" es obligado a un re-paso balbuceante por las dificultades (ya superadas) de un texto, sin el auxilio de todo cuanto el acúmulo del saber social y el de las formas maduras de la misma disciplina pueden proveerle.

Acontece que al cabo de una formación planeada de esa manera se atrofia en el estudioso la capacidad de negar, en el sentido hegeliano marxista, la realidad vista-a-través-de-Freud. Atrapado en la densidad de la obra, desentrenado por años en la crítica amplia, resuelta su ansiedad promotora frente a lo desconocido por la coherencia escolástica del sistema, integrado y comprometido a otros niveles por la complicidad infraestructural y por la adhesión afectiva, privado por esa absorbente escolaridad de formación general, cultural, científica, así como de praxis social y política (la gran maestra por excelencia), el estudioso de Freud se recibe de glosador, de atesorador, de retocador, pero jamás de re-creador del numen de su maestro. Grave asunto es el de creer que se puede acercar al estudio o a la docencia

de algo sin que en ese acto ya intervengan activamente todos los elementos que configuran lo que Pichon Rivière llamó esquema conceptual, referencial y operativo (Ecro)(13), conjunto de ideas, creencias y actitudes, conscientes y no, de quien se aboca a aprender o enseñar ese sector de la cultura. El pretender que el Ecro, como parte de la ideología y de la concepción del mundo, sea provisoriamente dejado de lado, sin cotejo, aun a fuer de "claridad", es requerir que se lo abandone para adoptar el de Freud, o el de quien integra en la alienación del suyo propio la ilusión de que así puede hacerse, y es incurrir en indoctrinamiento que, voluntario o no, es inadmisible.

Es posible que los eruditos profesores necesiten a su vez de los interminables repases, no tanto por lo inagotable de la veta como por la tan conmovedora cuanto errónea esperanza de que será la próxima lectura la que proveerá la ansiada solución de los problemas insuperables que señalan la limitación de un sistema teórico rebalsado por una realidad infinita y obligado a responder manteniéndose siempre igual a sí mismo.

Creemos que enseñar y aprender es vivir y que nada hay en la vida sin riesgos; se debe abordar el estudio de la obra de Freud a partir de la primera letra con una plena asunción del **back-ground** de quien lo enseña y quienes lo aprenden, cuestionándolo todo desde cuantos ángulos puede aportar la diversidad formativa de los integrantes del grupo. Desde luego que se debe velar por la finalidad básica común central de conocer qué es lo que Freud dice, pero sin caer en la utopía de suponer que existe algún recurso didáctico para lograr que sea él quien nos lo diga, y no nosotros quienes lo entendamos con todo lo que somos, creemos, sentimos y sabemos. El único requisito es explicitar debidamente la postura de cada cual y su inserción en una **Weltanschauung**, sin que esto signifique que todas son igualmente válidas.

Reconocemos que el peligro de este planteo es el de que la discusión se torne dilemática en oposiciones aparentemente alejadas del abecé textual. Se podría configurar entonces una atmósfera emparentada con la crítica ideologizante apriorística "desde fuera" que antes calificábamos negativamente. Pero es en este evento cuando el coordi-

nador debe asumir un rol tan valioso cuanto difícil, juzgándose al máximo en su función de efectuar las correlaciones semánticas necesarias entre cada una de las posiciones planteadas, así como entre estas y la terminología freudiana. Aquí es donde el conductor pedagógico debe arriesgarse como tal apelando al señalamiento, si está manejando al grupo con técnicas operativas, pero en ese y en todo caso, tras aguardar el máximo rendimiento de la red grupal, debe aportar generosamente toda la información que posea, psicoanalítica o no, que apoye y refute a los bandos en desacuerdo, no omitiendo jamás agregar su propia opinión e induciendo a cuestionarla o problematizándola él mismo abiertamente si a nadie se le ocurre cómo hacerlo.

Favoreciendo apasionadamente esta dinámica es como el docente debe dar el firme ejemplo, mostrando que la tarea no consiste en entender ni aceptar lo que el artículo su-puestamente es, sino en tratar de agotar las formas de pensarlo, y que en última instancia el protagonista principal del acto gnóstico no es Freud, ni su obra, ni su eventual vicario didáctico, sino el grupo y su cultura, como representante de una misión científica clasista. Aquí es donde el pedagogo debe apurar hasta la amargura de su misma ignorancia el impulso de los alumnos a refutar y disconformarse, explicando cómo lo propio fue hecho a su vez por las diversas escuelas a través del tiempo, y detallando qué se ha propuesto a cambio.

A esta línea que nosotros y muchos otros aconsejamos, podría objetársele atendiblemente que complejiza más aun un terreno de por sí difícil para el principiante y puede alargar más aun el aprendizaje simplemente porque los "alejamientos de la letra" que cada digresión significa insumen más y más tiempo y esfuerzo intelectual.

En nuestra experiencia como aprendientes y docentes de diversos aspectos de la psiquiatría dinámica, jamás hemos notado que esa inversión perturbe, desmedre o alargue la tarea. Por el contrario, al explotar el lenguaje "natural" de cada uno de los estudiantes, su enfoque preferencial y sus áreas frecuenciales de interés, tomando esforzadamente el docente a su cargo el rol facultativo (es decir, solo cuando es funcional) de resumidor, traductor, cuestionador, defensor, se logra despertar, en casi todos los casos, una

atmósfera de permisividad, de entusiasmo, de sincero goce, que incrementa el rendimiento sin recargar el estudio, mejora la comprensión, la pragmatización y, por sobre todo, promueve la creatividad, la decencia y el coraje intelectual. En este ambiente, alegremente iconoclasta, por medio de la desidealización de las ideologías, incluida la del texto, la polémica es rescatada como dialéctica, es decir, como la única y verdadera manera de discurrir científicamente, y es puesta por cada uno al servicio de un fondo social comunitario de saber, contra el que ninguno se siente obligado a ser irreconciliable, porque en él todos sienten incorporado, revalorizado y asimilado su aporte.

Se trata de transmitir así algo que es infinitamente más importante que el saber específico mismo acerca de un campo; se inculca una actitud frente a la cultura como realidad social ideológica y científica y se señala el camino de la praxis, es decir, la manera de pensar el mundo para cambiarlo, sin desmedro de una precisa caracterización de los modos específicos de tal acción.

Puede argüirse que, ocasionalmente, deba cerrarse esta dinámica de discusión sin que se haya arribado a conclusiones terminantes. Creemos que es dable e incluso deseable que así sea, bastando con que las posiciones queden clara y exhaustivamente verbalizadas para que la experiencia sea positiva, especialmente en el sentido antes apuntado de recordar la condición no dogmática, inacabada y perfectible de toda ciencia, así como el deber del científico en cuanto renovador.

Se ha señalado (14) que las nuevas generaciones de estudiosos de Freud, inficcionadas de un espíritu crítico periférico, tienden a abandonarlo sin explotarlo debidamente, proponiendo teorías y modelos nuevos que no son más que variaciones interdisciplinarias confusas, ni más explicativas ni más pragmáticas. Esto es denunciado, sí, junto con la existencia de tendencias talmudísticas, etc. . . . , pero no se señalan nexos causales entre los fenómenos ni se los correlaciona con la infraestructura. Insistimos en aclarar que el cambio demagógico es resultado, entre todo lo dicho, de un mecanismo reactivo y por ende cargado de emocionalidad estéril (rebeldía, envidia, resentimiento, megalomanía, etc.), a las modalidades tradicionales y techno-

cráticas de la enseñanza, al espíritu de "primero conocer sumisamente, después o nunca, criticar", o al terror expresado como coerción docente de que el psicoanálisis desaparezca en su especificidad tragado por la "política" o la interciencia.

La "revuelta formal" es el complemento del esnobismo o el "academicismo ortodoxo" y jamás el efecto de algo que sea la revisión dialéctica de la obra de Sigmund Freud.

Post-Scriptum

Desde la versión inicial de este artículo, en 1969, hasta el presente, se han operado ciertas variaciones en el panorama descripto cuya mención tiene alguna importancia. Quizá no sea demasiado presuntuoso creer que algunas de ellas son respuesta, constructiva o neutralizante, a este trabajo y otros similares. Uno de los más curiosos efectos es el siguiente: los núcleos tradicionales y tecnocráticos, advertidos de la potencia heurística y transformadora del pensamiento marxista, han comenzado, ya que no podían detenerlo, a incorporarlo. No hay novedad en estas maniobras, puesto que no se trata sino de un campo especial, el de la práctica teórica científica y el de la vida institucional-profesionista, en el que el liberalismo absorbe todo aquello que no puede impedir.

Los líderes, especialmente los científicos, han iniciado un activo estudio de los clásicos marxistas y de las corrientes actuales y han hecho ya manifiesto el resultado de tal información, apropiándose a veces de términos aislados, a veces de nuevos enfoques coherentes. Todo el proceso se realiza en considerable silencio (con una discreción que es característica y que, al igual que la solidaridad del centro-derecha, es envidiable; con todo, se notan indicios de ruptura entre los sectores tradicionales y los científicos "marxistoides"). Las nuevas posturas son adoptadas sin la autocritica explícita correspondiente, que esclarecería la superación de las postulaciones anteriores. Por otra parte, los conceptos marxistas son puestos al servicio de un incremento del bagaje intelectual idealizado del que disponen los jerarcas y, paradójicamente contribuye a consolidar los

mecanismos infraestructurales de explotación económica en los que el aprendiz se ve atrapado. El efecto ideológico resultante es tragicómico: los estudiantes se entregan cada vez más ciegamente a la exacción **porque suponen que sus maestros son "de izquierda"** y les practicarán y enseñarán un psicoanálisis revisado a la luz del materialismo dialéctico. La interesante distinción althusseriana entre práctica científica, práctica política e ideología, es empleada para postergar indefinidamente la segunda y desvalorizar la tercera en aras de la primera, todo ello a disposición de un auge liberal del psicoanálisis institucionalista que **nunca ha sido más intenso y confusional** que ahora. De más está decir que el impulso al cambio que puede aportar la introducción del marxismo en la práctica teórica del psicoanálisis por su propia gravitación, digamos, de Verdad, es subsidiario de las leyes del mercado, campo en el cual al incrementar la oferta de aprendices consolida el poder de los enseñantes.

¿Por qué no se funda un auténtico núcleo marxista de formación psicoanalítica en el que se practique y enseñe un real psicoanálisis revolucionario en un marco institucional (no socialista, desde luego, porque ello es imposible dentro del sistema), pero quizá menos groseramente estructurado a la manera burguesa?...

Como decía Chesterton, esa es otra historia, requiere su tratamiento aparte, pero lo que sí se puede adelantar es que no es precisamente gloriosa para la supuestamente existente izquierda psicoanalítica genuina.

Hoy en día, en el tema y ámbito que examinamos, todo el mundo parece marxista y puede hacer cuanto sea necesario para parecerlo en tanto no conspire contra la infraestructura estatuida, especialmente mientras no haga críticas públicas frontales. Ante ellas el espíritu liberal resurge para calificarlas de intolerantes, lesivas para el pluralismo de opiniones eternamente intocadas entre sí que se cree requisito para el progreso científico. Toda denuncia es considerada un ataque al **psicoanálisis** y no a las modalidades que el **movimiento psicoanalítico** adquiere en una sociedad de clases. Como reflexión final señalemos que, probablemente —no puede ser de otra manera— la denuncia tiene que ser rechazada y el rechazo tiene que ser adoptado por

quienes entregan un largo período de su vida, su inteligencia y su dinero a un aprendizaje tan penoso como necesario. Mientras solo podamos denunciar sin ofrecer nada organizado a cambio de lo que se acusa, tendremos que aceptar el papel de "villanos", ya que se nos ha arrebatado hasta el nombre de marxistas.

Notas

- (A) Como útilísimo enmarque de este problema en un tratamiento más amplio y sistemático, léase **Salud mental y neocolonialismo**, de H. Kesselman, donde el autor realiza un examen de los cambios teórico-técnicos de la psiquiatría en América latina en los aspectos de investigación, docencia y asistencia, a la luz de la dependencia del imperialismo.
- (B) Citando aquí a alguien con quien no simpatizamos, R. Aaron (**Los marxismos imaginarios**), diremos que en ciertos aspectos Freud aparece, como Marx, "inagotable y ambiguo".
- (C) Como muy bien lo han enfatizado Althusser y colaboradores, todas las lecturas son posibles y todas son culpables, incluso la de Althusser. Respetamos mucho (entre otras razones, porque no lo entendemos bien) el criterio de Lacan de ruptura con el lenguaje convencional y la recreación de palabras plenas y nuevas para nuevas realidades pero, como diremos más adelante, cierto uso indebido nos preocupa.
- (D) Ese estudio, desde que nosotros lo pedíamos hasta el presente, ha sido hecho ya en parte y desde diferentes perspectivas. (Véase el trabajo citado de Kesselman, y otros excelentes, como el de R. Malfé, "Consideraciones críticas sobre aspectos ideológicos y técnicos de la práctica psicoanalítica habitual" a propósito de "Axología, neutralidad del analista y contratransferencia", de León Ostrov, en **Revista Argentina de Psicoanálisis**, Año 1, Nº 4, junio 1970, y el trabajo de Gilberta Royer de García Reinoso incluido en este libro.) Además, la crítica verbal realizada en congresos y otras reuniones de las instituciones psicoanalíticas y adláteres ha machacado durante lo que va del año sobre esta problemática. Hay, incluso, un claro movimiento mundial y nacional en esa dirección: el **Grupo Plataforma**. Más adelante mencionaremos cómo los sectores reaccionarios y liberales han recogido el impacto de esas corrientes para neutralizarlas, aunque solo nos proponemos tocar el aspecto didáctico de la cuestión.
- (E) Remitimos al lector a los artículos antes citados de Malfé y Kesselman, así como al de Eduardo Menéndez "Antropología y práctica psiquiátrica", revista **Índice**, Nº 9.
- (F) Su gran influencia ha tenido también la militancia de varios analistas conocidos en la FAP, Federación Argentina de Psiquiatras. Su franca actitud de lucha gremialista e ideológica ha pronunciado la ruptura, y por ende la identidad de la tendencia que más abajo describimos.

- (G) La más clara expresión de ese operacionalismo puede encontrarse en el relato oficial de la APA al VIII Congreso Psicoanalítico Latinoamericano en Porto Alegre de M. y W. Baranger, A. Campo y J. Mom. Su refutación está anticipada en los trabajos de F. Menéndez y R. Malfé antes citados, así como en el de uno de nosotros: **Psicoanálisis, ideología y política** (incluido en este libro).
- (H) Ultimamente, no podríamos precisar desde cuándo, está apareciendo en nuestro ambiente una corriente interesante de estudio de Freud, que sigue una dirección similar a otra en la actualidad vigente en Francia. Es la línea que propone un retorno a Freud a la luz de los aportes de la epistemología de G. Bachelard, las modernas corrientes de la lingüística, las ideas de Lacan, el estructuralismo y el marxismo de Althusser. Valioso por muchas razones que no podemos pasar a detallar, este movimiento plantea la "lectura sintomática", es decir, la búsqueda de las anomalías del discurso científico del psicoanálisis para elucidar, por el significado de las mismas, el valor y las falencias de la teoría. Se indica que solo a partir de las formas maduras de la obra (v.g. la 2ª tónica) se puede adjudicar el verdadero sentido a las etapas anteriores: precientíficas y científicas propiamente dichas (a partir de la constitución del objeto formal abstracto de nuestra disciplina, el inconsciente). A nuestro entender es mucho lo que se puede esperar de esa orientación, especialmente por su rigor, su enfoque interdisciplinario y su raigambre marxista. Lo inquietante es que en general trabaja sobre el Freud que califica de "científico", es decir, desde el **Análisis de los sueños** y alrededores, y no sobre el Freud "ideológico", es decir, el de **El malestar en la cultura**, etc., y tiende a ver al psicoanálisis original como paradigma de ciencia social, considerando a casi todos los aportes de otras disciplinas como mistificaciones. Por otra parte, está siendo instrumentado por élites rivales a las de los núcleos psicoanalíticos tradicionales, generalmente médicos. Los psicólogos, epistemólogos y lingüistas, en una sana búsqueda de identidad propia y productiva que rompa su subordinación al psicoanálisis oficial, del cual han dependido para su formación, enarbolan esa bandera. El peligro parece estar en que la conviertan a su vez en Biblia de una nueva asociación aristocrática, detentadora de prestigio, status y prosperidad económica, basándose sobre todo en el esoterismo de algunas de las postulaciones de su doctrina (Lacan) o en la formidable erudición necesaria para seguir su camino. Ambas particularidades se prestan para la adopción acrítica por parte de jóvenes prosélitos; desde luego, ello no siempre es responsabilidad de quienes enseñan.

Bibliografía

1. Bleger, J.; Caparrós, A.; Pichon Rivière, E.; Rozitchner, L.; Bauleo, A.: "Ideología y Psicología Concreta", **Cuadernos de Psicología Concreta**, 1 y 2, Buenos Aires, 1969.
2. Bleger, José: "Prólogo" y "Apéndice" en **Psicología Concreta**, de Georges Politzer, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969.
3. Baranger, Willy y Madeleine: **Problemas del campo psicológico**, Kargieman, Buenos Aires, 1969.
4. Royer de García Reinoso, G.: "¿Violencia y agresión o bien violencia y represión?", artículo incluido en este libro.
5. Glover, Edward: "Criterios terapéuticos en psicoanálisis", **Revista de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya**, T. III, Nº 1.
6. Rodríguez, Emilio: "El paciente de las 50.000 horas", versión castellana de un trabajo presentado para el número Bodas de Oro del **International Journal of Psychoanalysis**.
7. Mom, Jorge: Discurso inaugural de las jornadas sobre "Violencia y Agresión", 15, **APA**, 1969.
8. Simposio de Relaciones entre Psicoanalistas, **Revista de Psicoanálisis**, T. XVI, Nº 4, Buenos Aires, 1959.
9. Usandivaras, Raúl: "Las asociaciones psicoanalíticas vistas como un tipo especial de los pequeños grupos", **Revista de Psicoanálisis**, T. XVI, Nº 4, 1959.
10. Kesselman, Hernán: "Responsabilidad social del terapeuta", **Cuadernos de Psicología Concreta**, págs. 56 y 65, Nros. 1 y 2, Buenos Aires, 1969.
11. Althusser, Louis: "La filosofía como arma de la revolución", **Cuadernos de Pasado y Presente**, Nº 4, Buenos Aires, 1969.
12. Law Whyte, Lancelot: **El inconsciente antes de Freud**, J. Moritz, México.
13. Pichon Rivière, Enrique: **Clases de la Escuela de Psiquiatría Social**, 1962.
14. Grinberg, León: "Ideas nuevas, conflicto y evolución". Trabajo escrito para el 50º aniversario del **International Journal of Psychoanalysis**.
15. Althusser, Louis: "Freud y Lacan", **Cuadernos Anagrama**, 1971.
16. Grinberg, León: **op. cit.**
17. Barenblitt, Gregorio y Bauleo, Armando, en **El hombre del grabador**, de J.-P. Sartre y otros (ficha mimeografiada).